



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 3

Biografías de mexicanos distinguidos (1884)

El documento siguiente señala que la historia de la humanidad se encierra en los estudios biográficos mejor, que en las antiguas y modernas crónicas, relatos y documentos; y por lo tanto, debe evitarse el orgullo y el deseo de competir con otros.

Prólogo

Refiere Cicerón que cuando los Crotoniatas se propusieron embellecer con excelentes pinturas el templo de Juno que veneraban en gran manera, ocurrieron á Zéuxis que pasaba por el mejor pintor de su época, y que el artista para cifrar en una imágen muda la más acabada belleza de la mujer, resolvió pintar el simulacro de Elena. Para realizar este pensamiento, Zéuxis comenzó por preguntar a los de Crotona cuáles eran las doncellas más hermosas que tenían, y entonces le llevaron muchos niños de grande hermosura. Admiraba el artista las formas y los cuerpos de aquellos niños, cuando le dijeron los Crotoniatas: “Hermanas de estos niños son las doncellas; ya puedes inferir cuán grande será su hermosura.” Excogedme, contestó Zéuxis, las más hermosas de ellas y pintaré lo que he prometido, trasladando la verdad natural á una muda imágen. Presentáronle las vírgenes y él eligió cinco, porque no creyó, dice Cicerón, encontrar en un solo cuerpo todas las condiciones necesarias para la hermosura; porque la Naturaleza en ningún género presenta obras perfectas en todas sus partes, y como no tendría que dar á los demás si todo lo concediese á uno, otorga á cada cual ciertas perfecciones mezcladas con ciertos defectos.

Siguiendo el ejemplo del gran Zéuxis, al tratar de escribir una obra que dé a propios y extraños una idea cuando menos aproximada de la civilización de México, he escogido á sus varones más distinguidos, para que al nárrar sus hechos, me fuese dado ofrecer un cuadro en que resplandezca el nombre del pueblo que los ha contado entre sus hijos.

He creído siempre con Quintana que es oprobio á cualquiera que pretenda tener alguna ilustración, ignorar la historia de su país, y que si la pintura de los personajes más ilustres es una parte tan principal de ella, fuerza es intentarla para utilidad común. En México, acaso más que en pueblo alguno, es necesario dar á los estudios biográficos toda la amplitud que pueden alcanzar. Nuestro carácter hace que paguemos muchas veces tributo á vanidades pasajeras, mientras que omitimos enaltecer nombres que conservaría con estimación cualquier pueblo más adelantado que el nuestro.

Fomentar en México los estudios biográficos es uno de los móviles que me impulsaron á formar este libro, pues abrigó la profunda convicción de que contribuyen poderosamente al progreso de las naciones. Es para mí un axioma que nada tiene tan poderosa influencia en el espíritu del hombre para animarlo á acometer empresas nobles, patrióticas, levantadas, como ver honrada, enaltecida, la memoria de los que no se arredraron ante los obstáculos que halla siempre en su camino quien persigue un ideal, bien sea en las esferas de la ciencia, de las artes ó de las letras, para el mejoramiento de los pueblos, bien en la cátedra, en la tribuna, en los campos de batalla, en los puestos públicos, ó en cualquiera de los medios en que la inteligencia y la voluntad viven, se engrandecen y actúan.

Es la patria, son nuestros pósteros los que recogen los frutos de esta labor, y por penosa que ella sea, no debemos abandonarla nunca.

Consideraciones de no menor cuantía, si á pueblos extraños nos referimos, deben infundirnos aliento y fe para llevarla á cabo. Preciso es, si queremos que en el Extranjero se nos juzgue por nuestras propias obras, que consignemos en un libro de consulta fácil para todos, qué hemos producido, de qué manera nos hemos asimilado las conquistas, los adelantos de las naciones más cultas, en las ciencias, en el arte, en cuanto directa ó indirectamente revela que una nación ama el progreso y camina á su perfeccionamiento.

La historia de la humanidad se encierra en los estudios biográficos mejor que en las antiguas y modernas crónicas, relatos y documentos, y por lo mismo cada pueblo debe cuidar que en ese gran registro queden consignados los nombres de sus hijos más distinguidos. Ni el orgullo, ni mucho menos el deseo de competir con nadie, deben entrar en este género de trabajos; más no ha de detenernos tampoco ese apocamiento de los que se encuentran sumamente pequeños si se comparan con los de otras naciones cuya superioridad es innegable, por causas que no hay por qué señalar puesto que cualquiera puede conocerlas. Quien hace todo lo que es dado en la esfera del bien, no debe ser censurado de no haber hecho más, y México sin jactancia ridícula, puede presentar al mundo como un título de legítima honra, los nombres de muchos de sus hijos que, sin los elementos de que otros han dispuesto han logrado colocarse, en todas épocas, á la altura que reclama la creciente civilización de las sociedades.

En las páginas de este libro se verá comprobada esta afirmación á que no darán su asentimiento los que desconocen nuestra historia, los que no han hallado hasta hoy una colección numerosa de biografías mexicanas.

No me vanaglorio de haber llenado por completo el vacío inmenso que á este respecto se notaba, ni me juzgo iniciador de esta clase de escritos en México. Muy lejos de eso, nadie lamentará como yo lo hago, las omisiones que se notan en esta obra.

Séame permitido extenderme en algunas consideraciones que servirán al lector para atenuar los defectos en que abunda este libro.

Cualquiera que se tome la molestia de comparar las biografías referentes á personajes antiguos, con las que de los modernos tratan, podrá observar que los datos que encierran las primeras son más completos que los de las últimas. Eran las generaciones pasadas más amantes de enaltecer las cosas y los hombres, que lo que son las actuales generaciones. Cuando moría un varón distinguido por su ciencia ó por su virtud, afanábanse sus deudos y admiradores en referir sus hechos y en honrar su memoria. No eran unos cuantos los que inquirían noticias acerca de sus escritos, ó sobre lo que la patria les debía: to-

dos se creían en el deber de revelar cuanto sabían. Cariño, gratitud, patriotismo, espíritu de secta, ó cualquier otro sentimiento noble, inspiraban aquellos homenajes, y puede decirse que cada tumba que se abría, en vez de borrar para siempre un nombre digno de recordación, era un monumento que se levantaba para honrar la memoria del que en ella se convertía en polvo. Tejíasele inmarcescible corona en su elogio fúnebre, al sabio ó al filántropo que moría, y muchas veces en las páginas de un libro entero se encerraba su biografía.

Esta costumbre introducida por las Ordenes religiosas, se extendió, más tarde á otras esferas sociales, y desde las primeras "Gacetas" hasta los periódicos oficiales que vinieron después, no hay publicación mexicana de cierta antigüedad en la que no se hallen biografías más ó menos extensas, ó cuando ménos, necrologías interesantes que ministran datos de importancia, indicaciones útiles, curiosos detalles, para formar los estudios relativos á los hombres de otros días. Ciertó que para aprovechar esos materiales, se necesita hundirse en el polvo de los archivos y bibliotecas y recorrer volúmenes que no son de fácil consulta por la falta de índices; cierto que ha menester de gran dosis de paciencia quien quiera emprender un trabajo de condensación y expurgar esos escritos de todo lo que en nuestros días parecería ocioso y ridículo; cierto que es indispensable descartar la verdad haciendo á un lado las exageraciones de partido y de secta; pero en cambio, qué grande acopio de documentos para el historiador y el biógrafo, qué rico filón por explotar!

Vinieron después otros días en que aquellos trabajos fueron, ya que no abandonados por completo, si mirados con menor entusiasmo, hasta llegar á la época que corremos, de indiferentismo y de ingratitud, puede decirse. Entonces comienzan á ser más limitadas las noticias, más raros los elogios fúnebres, más breves las biografías, más difícil la adquisición de datos para formarlas.

Con marcadas excepciones, entre las cuales debe figurar en primer término la Academia de Medicina, que ha procurado honrar siempre á sus miembros ya difuntos, ninguna corporación, ningún gremio se ha cuidado de acopiar aquéllos informes, sin los cuales sólo se puede decir generalidades acerca de la vida de un hombre, cuando éste desaparece de la escena del mundo.

El Colegio de Abogados ha puesto algún empeño en que se sepa qué obras produjeron Couto, Lacunza y otros muchos jurisconsultos eminentes.?

La Academia de San Carlos ha enaltecido acaso la memoria de Sagredo, de Ramírez, de Monroy y de los demás de sus alumnos distinguidos, ya muertos?

La prensa misma ha hecho todo lo que debía al fallecer algunos de sus miembros prominentes?

Brevísimos artículos necrológicos algunas veces, y otros mezquinos sueltos de gacetilla han servido para anunciar que la ciencia, las letras, el arte, la so-

ciudad, han perdido á alguno de sus mejores hijos. Y cuenta con que día á día han sido más comunes las publicaciones periódicas, y que éstas se llenan muchas veces, por falta de materias originales ó referentes á la localidad, con artículos extranjeros.

Muere un gran político, un sabio, un literato europeo, y no pasan muchos días sin que conozcamos hasta los más pueriles detalles de su existencia. Se analizan sus obras al punto, se escriben anécdotas acerca de ellos, se sabe todo lo que á ellos se refiere, y cuando de nuestros compatriotas se trata, entonces basta decir que murieron y enviar frases de pésame á sus deudos. Algunos días después, nadie vuelve á hablar de los que lucharon por la patria, de los que rigieron sus destinos, de los que la ilustraron con sus obras, de los que derramaron el bien en su camino.

Pero no inculpamos á las Academias, ni censuramos á los periodistas. Una experiencia, bien triste por cierto, nos ha enseñado el origen que reconoce ese aparente olvido, esa ingratitud que podríamos llamar punible.

Nada hay más difícil en México, que obtener de una familia datos para formar la biografía de uno de sus miembros. Si éste acaba de desaparecer, escúdanse sus deudos en que no tienen valor para remover los papeles del finado, ó en que dichos papeles no pueden ser revisados mientras la testamentaria no quede terminada, y esto dura en nuestro país largos años. Otras veces se da por pretexto que el muerto, que era en extremo modesto, quemó sus títulos y cuanto á su vida podía referirse, y aun rogó que nadie volviese á hablar de él. Tampoco faltan personas que finjan recelos ó temores de que el biógrafo pueda infamar la memoria de aquel de quien pretende hablar, como si fuera posible que alguien se atreviese á cometer la bajeza de pedir con siniestros fines datos á una familia.

No parece sino que hay quienes se avergüencen de ser medianías ó de no ser nada, si se les compara con sus distinguidos progenitores; no parece sino que su mayor anhelo es el de que el olvido cubra para siempre los nombres de éstos, por ser ese el único medio de que no se les mire pequeños!

Ante semejantes resistencias, con obstáculos de tal naturaleza como los que someramente hemos apuntado ¿será posible la formación de un "Diccionario Biográfico Mexicano", en que no se noten grandes vacíos?

Por decidida que sea la voluntad del autor de un libro de esta especie, por grandes que sean su constancia y su laboriosidad, es preciso confesar que su obra tendrá que ser deficiente. Empero esta consideración no me arredra, y a aumentar lo ya publicado y á perfeccionarlo, tenderán siempre mis esfuerzos, hasta que logre dar á la estampa una obra que adolezca de menores defectos que la presente.

Hay todavía muchos nombres gloriosos que recoger; hay muchas buenas obras que recordar; muchos *libros mexicanos que citar*, *infinitas acciones que referir* y obras de arte cuya descripción está todavía por hacer. La mayor parte del camino está andada ya, y cuando nuestro amor á las cosas patrias nos ha dado aliento para vencer los tropiezos que en la labor encontramos, sería injustificable que en ella desmayásemos.

Mientras llega el día de realizar ese pensamiento, sea el autor de este libro quien logre hacerlo, ú otro más afortunado, vea el lector en las páginas que va á recorrer, siquiera sea mi buena voluntad.

México, 1887
Francisco Sosa.

Lucas Alamán

Nació este célebre historiador en la ciudad de Guanajuato, el 18 de octubre de 1792.

Hizo el estudio de las matemáticas en el Colegio de la Concepcion de su ciudad natal, habiendo ántes aprendido el idioma latino. Sus dos maestros en las ciencias exactas, D. José Rojas y D. Rafael Dávalos, tuvieron una suerte funesta. El primero fué victima del odioso tribunal de la Inquisicion, y el segundo fué fusilado por Calleja en 1810, por haber fundido piezas de artillería para el ejército de Hidalgo. ¡Anomalía digna de notarse: Alamán fué mas tarde el defensor más ardiente que ha tenido el gobierno que sacrificó a sus maestros!

En el Colegio de Minas de México recibió lecciones de mineralogía, de D. Andrés del Río, uno de los sabios que han dado más lustre á aquel seminario, y cuya pérdida lamentan todavía los amigos de las ciencias, allí mismo se instruyó en física y química, y con D. Vicente Cervantes cursó botánica. Ya por ese tiempo había obtenido una instruccion nada vulgar de los clásicos latinos, y que sin duda contribuyó á formar el gusto literario de que tan hermosas pruebas ha dado después en el plan y en el desempeño de sus obras, que han circulado con aplauso en el extranjero y en nuestro país.

En 21 de enero de 1814 se embarcó para España, pasó de allí á Francia, teniendo la fortuna de estar presente al desenlace de la epopeya del imperio francés, y de conocer al guerrero que conquistó tantas naciones, humilló tantos tronos y batió tantos ejércitos. Pasó en seguida á las pintorescas montañas de Escocia, y pudo ver la entrada de los ejércitos aliados, pues á poco tiempo volvió á París.

Recorrió toda la Italia, sembrada de recuerdos ilustres, de magníficas ruinas y de monumentos acabados en el ramo de las bellas artes. Vió á la risueña Nápoles iluminada por el Vesubio, á la reina del Adriático durmiendo acariciada por las olas, y entró a la soberbia catedral de Milán, admirando sus maravillas. Tantos países y escenas tan hermosas, tantos modelos del arte tan perfectos, deben haber influido en su organizacion, perfeccionando su gusto. Visitó la Suiza, las orillas del Rhin, y se detuvo en Freyberg para completar sus estudios en minería. Recorrió después la Prusia y el Hannover, y para estudiar el griego se detuvo en la universidad de Gottinga; y también dió un paseo por la Holanda y por Flandes.

Durante su permanencia en París, adonde regresó, siguió los cursos de química en el colegio de Francia, y los de ciencias naturales en el Jardín de Plantas. En todas estas excursiones le valieron mucho las cartas de recomenda-

ción que le proporcionaron el baron de Humboldt, el obispo Gregoire y el abate Haüy: todos estos viajes le hicieron adquirir un conocimiento profundo de los hombres y un caudal considerable de experiencia que tanto debía aprovecharle en su carrera de hombre público.

Por esta época sufrió algunos reveses de fortuna en sus intereses, y se encontró en la necesidad de pasar á Madrid, donde solicitó se le concediese el privilegio para separar el oro de la plata por medio del ácido sulfúrico; pero los sucesos políticos entorpecieron este asunto, pues entonces se restablecía en España la Constitución de 1812.

Volvió á su patria, y el conde del Venadito fué el primero en utilizar sus talentos, y lo nombro secretario de la Junta de Salubridad pública. Más no tardó en volver á emprender nuevos viajes, pues fué nombrado diputado á las cortes de España por la provincia de Guanajuato.

Debiendo á la minería su capital, habiendo sido el constante estudio de su juventud, y representando una provincia cuya principal riqueza constituía aquel ramo, naturalmente debía ser un objeto de preferencia para él su fomento, y para este objeto publicó en un semanario político y literario, un largo y muy bien escrito artículo sobre las causas de la decadencia de la minería en Nueva España; y aunque sufrió una impugnacion, fué defendido victoriosamente. Pocos días se habían pasado cuando inició las proposiciones que, pasadas a una comisión de que formó parte, produjeron el dictámen que el mismo redactó, y fué aprobado, casi sin discusión, el 8 de Junio de 1821.

Ya en esta época se iba a consumir la independencia, y tan luego como tuvo verificativo con la entrada del ejército trigarante á la capital, en la Junta Provisional Governativa del Imperio, en la sesión de 5 de octubre del propio año, á moción del Sr. D. José María Fagoaga, se presentó aquel dictámen, pidiendo fuesen admitidos los artículos con que concluía; y después de varias discusiones habidas y presentados varios dictámenes, y entre ellos uno muy luminoso que el referido Sr. Fagoaga y los Sres. Orbeago extendieron en Febrero de 22, vino á motivar todo, por último, el decreto de 22 de noviembre de 1821, que influyó en la prosperidad creciente de este ramo, en el otro que se publicó el 18 de Febrero del siguiente.

Los diputados por México, lejos del teatro de los sucesos, que daban una nueva existencia política á su patria, y tratándose en las cortes sobre las medidas que debían tomarse para que el poder de España volviese á alcanzar hasta aquellas ricas regiones, no pudieron ostensiblemente declararse á favor de aquella causa que no debía dejar de halagar sus corazones; pero válidos y disfrazados de otras apariencias, con el plan del célebre conde de Aranda que tendía á una confederacion, iban rápidamente á dar casi el mismo resultado. Alamán fué quien redactó la exposicion que presentaron, y que no produjo

ningún resultado. Por este tiempo publicó en Madrid un folleto á consecuencia de lo acordado por los diputados de América para favorecer la causa de la independencia, por no haber querido insertarle el periódico intitulado *La Miscelánea*.

En las sesiones extraordinarias, como se había distinguido anteriormente en varias discusiones de importancia, fué nombrado secretario, y el Ministro de Hacienda Yandiola le mandó pagar sus dietas, haciéndole ofertas para que se quedase en España.

Trabajó en París en Abril de 1822 para formar una compañía para el laboreo de minas en México, que no tuvo un feliz resultado; pero en Inglaterra, país más á propósito para las grandes empresas, llegó á conseguir su objeto con el nombre de "Compañía Unida de las Minas", con un capital que en lo sucesivo se elevó hasta 6,000,000 de pesos.

Cuando estuvo en Francia, fué presentado por el baron de Humboldt al duque de Montmorency, ministro á la sazón, y al príncipe de Polignac, proporcionándole una orden el Ministro para que un buque de guerra lo convoyase desde la Martinica, en el seno mexicano, pues estaba infestado de piratas.

Por fin volvió á su patria en 23 de Marzo, y en el mes siguiente á los treinta años de edad, fué nombrado secretario de estado y del despacho de Relaciones Exteriores por el gobierno provisional, que se componía de los Sres. Bravo, Negrete y Michelena. Se dedicó entonces á más de las tareas gubernativas, á organizar el archivo general, y estableció el museo de antigüedades e historia natural.

En 1825 renunció la cartera y volvió á la vida privada de nuevo, habiéndose casado con D^a. Narcisa García Castillo, de una familia distinguida de Guajuato, dedicándose á la direccion de la Compañía Unida de Minas; y emprendió establecer en el cerro del Mercado, cerca de Durango, la primera ferrería que ha habido después de la independencia.

Fué nombrado después por el duque de Terranova y Monteleone, como encargado para la administracion de sus bienes en la república, y que se componía del antiguo marquesado del valle de Oaxaca que había heredado de Cortés.

A consecuencia del pronunciamiento del ejército de reserva al mando del general Bustamante, vino á recaer la presidencia de la República en el presidente de la Suprema Corte de Justicia D. Pedro Vélez y dos asociados, que lo fueron D. Luis Quintanar y D. Lucas Alamán, que duró poco tiempo, pues que recayó la suprema magistratura en el general Bustamante, y nombró al último de aquellos señores para el Ministerio de Relaciones. Entonces trabajó por fijar los límites entre México y los Estados Unidos.

Celebrado en 23 de Diciembre de 1832 el Convenio de Zavaleta, fué derrocada la administracion de Bustamante por el jefe del movimiento, que comenzó en Veracruz. Entonces se abrió un proceso en la cámara de diputados á causa de las acusaciones promovidas por el general D. Juan Álvarez y por el diputado D. José Antonio Barragán contra los Sres. Facio y Alamán: el punto principal de ellas se contraía á acusarlos por haber permitido la captura, á traición del general Guerrero y por los fusilamientos de otros patriotas. Tuviron ambos que esconderse para evitar las venganzas, escribiendo entonces el Sr. Alamán su defensa, que elevó al presidente, general Santa-Anna en Junio de 1834, rebatiendo todos los cargos, y fué absuelto por la Suprema Corte de Justicia.

Libre entonces de toda persecución, se dedicó á las empresas fabriles, y fundó la fábrica de hilados y tejidos de algodón de Cocolapan, en las cercanías de Orizaba, estableciendo otra en Celaya de tejidos más ordinarios: también fué quien introdujo en la República carneros merinos, cabras del Thibet y caballos y yeguas de razas extranjeras. Fué introductor, por último, de una prensa y de piedras para la litografía.

En la corta administracion del general Bravo, por ausencia del general Santa-Anna, fué nombrado Director de la Junta de Industria, y trabajó por plantear las escuelas de artes y agricultura teórica y práctica, llegando á comprar para este fin la hacienda de San Jacinto, pero mil inconvenientes se opusieron á lo que mucho más tarde se ha realizado en el mismo lugar.

Durante la administracion última del general Santa-Anna, fué nombrado para la Secretaría de Relaciones, que había desempeñado otras veces, y en ese alto puesto le sorprendió la muerte, el 2 de Junio de 1853.

El primer tomo de sus "Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana", se publicó en 1844, continuándolas hasta que las concluyó en 1852.

Alternó con esta publicacion su "Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808, hasta la presente época": obra que consta de cinco grandes volúmenes, adornados de retratos, mapas y facsímiles, y fué impresa por el Sr. Lara.

Aunque somos los primeros en reconocer y proclamar las dotes eminentes de Alamán como historiador, al grado de creer que ninguno otro le ha aventajado entre nuestros contemporáneos, si hemos de ser leales, debemos manifestar que su "Historia" más de una vez ha exaltado nuestros sentimientos patrióticos, en contra del autor, por la parcialidad con que, a nuestro juicio, está escrita, no pareciendo sino que el sabio Alamán puso su pluma al servicio de la nación que un tiempo fuera dominadora de la nuestra. Pero en estos casos no basta indicar un cargo tan grave, sino que es menester entrar en largas demostraciones; y como, por otra parte, la índole de este libro no nos permite

hacerlo, diremos únicamente que Arróniz uno de los biógrafos de Alamán, dice así de la citada "Historia":

"Aunque le concedamos la mejor buena fe al escribirla, no creemos que esté exento de parcialidad; sus opiniones le hacen sacar deducciones que no nos parecen estar conformes con la indole de los sucesos; busca los datos de estos últimos entre personas y documentos que halagan sus deseos, y habiendo presenciado tan de cerca los sucesos, y hecho un papel tan importante en la política del país, no puede revestirse de aquella frialdad que deja al juicio todo su poder para colocar los acontecimientos en su verdadero punto de vista. Cree escribir imparcialmente sus escritos, cuando la pasión los ha dictado."

Un escritor español por su origen y aun más por sus vivas simpatías hacia la antigua metrópoli, pero hombre de elevada posición en las letras, dijo lo siguiente en una biografía de Alamán, hecha con todo el calor propio del correligionario que quiere enaltecer a los que como él piensan; pero demostrando, justo es confesarlo, gran conocimiento de la vida del hombre cuyo panegírico trazaba:

"Dotado de una capacidad vastísima, abrazaba con ella multitud de conocimientos diversos, y era igualmente hábil para las cosas más minuiciosas, como para las más grandiosas concepciones. Con profunda instrucción en la historia, refería grandes pasajes, sin que jamás olvidase ni las fechas de los sucesos, ni los nombres de los personajes, siendo igualmente instruido en todo lo relativo a la ciencia que se ocupa de la riqueza de las naciones y administración de los caudales públicos. No se limitaba a estos ramos su instrucción, sino que teniendo nociones más o menos extensas en casi todos los del saber humano, y suma facilidad para expresarse, su conversación era muy agradable e instructiva. Habiendo concurrido cierta ocasión con el secretario de una legación extranjera que había estado en Persia, se halló éste sorprendido al encontrar en Alamán una persona que podía sostener una conversación sobre la historia y geografía de aquel remoto reino.

"Los estudios serios no le estorbaban dedicarse al de la bella literatura. Sabía los idiomas griego y latino, conociendo a fondo los autores clásicos, principalmente del segundo, siendo sus autores predilectos Tácito y Horacio. Hablaba con perfección el inglés, francés é italiano, y poseía el alemán, aunque lo hablaba con dificultad por falta de práctica, conociendo la literatura de estos países y la de la España, cuyo idioma habla y escribía correctamente, cosa poco comun en México. Tan variados conocimientos en nada alteraron su moderación natural, siendo afable con todo el mundo, especialmente con sus inferiores, cuyo efecto se copió siempre, no obstante la puntualidad que les exigía en el cumplimiento de sus deberes. Su laboriosidad era extremada, de manera que seguía una extensa correspondencia con diversas personas de la República y de fuera de ella, y sin perjuicio de sus ocupaciones ordinarias escribió, de su propio puño, sus obras, no habiéndose servido de amanuense ni aun para escribir la historia de México, que consta de cinco tomos abultados, todos de

su letra, y que hizo encuadernar cuidadosamente. Al considerar lo mucho que leyó y escribió, dá gana de preguntar con un antiguo (Plinio): ¿Si no debiera creerse que no tuvo otras obligaciones ni cultivó la amistad de sus semejantes?"

Creemos que con lo expuesto por nosotros y las palabras que acabamos de copiar, se tendrá una idea, si no completa sí muy aproximada de Alaman, y por lo mismo terminaremos enumerando las honoríficas distinciones de que fué objeto. Fué miembro corresponsal de la Sociedad para instrucción elemental, de *Paris*; *miembro del Instituto Real de las ciencias de Baviera*; solo corresponsal de la Sociedad Real de Horticultura de Bruselas; vocal de las Academias de la lengua y de la Historia de México; socio de número del Instituto de Geografía y Estadística; miembro de la Sociedad Filosófica de Filadelfia; corresponsal de la Sociedad Histórica de Massachussetts, académico honorario de la Real Academia de Madrid y de la de Bellas Artes de San Cárlos de México; socio corresponsal de la Academia Pontificia Romana de Arqueología, y perteneció á otros cuerpos literarios además de los mencionados.

El astrónomo D. José Antonio Alzate, nació en el pueblo de Otumba en 1729, y hay quien afirma que era pariente de la célebre poetisa Sor Juana Inés de la Cruz. De su carrera literaria se sabe poco, pues ni aún siquiera ha dicho alguno de sus biógrafos en qué colegio estudió. De sus escritos se desprende que tenía un conocimiento profundo de los clásicos latinos, pues hace de ellos citas frecuentes y oportunas que demuestran cuán familiares le eran.

Alzate no se hizo sacerdote; y como en su época, fuera de la Iglesia no era dado a los mexicanos lograr progresos, tuvo que hacer esfuerzos poderosos para alcanzar la posición á que llegó. Frutos de economías que apenas pueden hoy graduarse, fueron su magnífica biblioteca, un museo de historia natural y de antigüedades del país, y una colección de instrumentos científicos. Una gran parte de su vida se ocupó en hacer observaciones metereológicas, y sus experimentos sobre la electricidad fueron numerosos y variados; algunos de ellos pusieron en peligro su vida y destruyeron su salud, por causas que él mismo explica al escribir sobre la construcción del pararrayo. La aurora boreal que apareció en 1789, le proporcionó nuevo deleite á la afición, y sus observaciones sobre aquel fenómeno son muy interesantes.

En la *Gaceta* describió muchas máquinas é instrumentos, y el anuncio de varios descubrimientos útiles para la agricultura, la minería, las artes y la industria.

Dedicó gran parte de su vida al estudio de los animales, y publicó observaciones curiosas y llenas de interés sobre la transmigración de las golondrinas, sobre la historia del chuparosa, sobre la cría de la cochinilla y gusanos de seda, y sobre muchos insectos de México, apenas conocidos entonces por los naturalistas de Europa. Son interesantes, principalmente, las investigaciones que hizo sobre la grana ó cochinilla. Los naturalistas de nuestro tiempo poco han adelantado, después de aquellas observaciones, en el conocimiento de un insecto tan productivo y tan curioso. El Sr. Alzate lo estudió con una sagacidad, con una minuciosidad y exactitud de que solamente era capaz un hombre como él, tan observador y laborioso.

Con la misma dedicación estudió las plantas, y de preferencia aquellas que son aplicables á las necesidades y goces de la vida; pero Alzate hizo el estudio de los vegetales con la desventaja de no haber querido adoptar el método y clasificaciones de Linneo, ni ninguno otro sistema botánico, preocupación que no es extraña en un hombre como él, cuando incurrieron también en ella Buffon y otros naturalistas europeos sus contemporáneos. Grande es la dificultad que se presenta ahora para conocer las plantas de que trató Alzate en sus escri-

tos, por no haberlas clasificado ni denominado técnicamente, como con poco esfuerzo habría podido hacerlo.

Alzate recorrió y examinó las famosas ruinas de Xochicalco, y publicó su descripción con algunas láminas. Escribió también sobre otros varios puntos de arqueología, y redactó un gran número de notas y adiciones á la *Historia antigua de México*, escrita por el abate Clavijero; aquellas notas y adiciones están todavía inéditas.

Alzate pasó su vida, ya remontando su espíritu á la bóveda luminosa del cielo y observando los astros atentamente, ya en los campos esmaltados de flores, en donde hallaba algún nuevo recreo y nueva adquisición para la ciencia: estudiaba al buitre que se cernía en las nubes, ó buscaba el insecto imperceptible en la rama de un árbol. Subió á la montaña Ixtacihuatl, haciendo numerosas observaciones barométricas, termométricas, meteorológicas y botánicas, y descubrió que el cráter de ese extinguido volcán ya se había cegado. Las autoridades le honraron varias veces con comisiones científicas que desempeñó á toda satisfacción.

Sostuvo por la prensa muchas discusiones con sabios extranjeros y mexicanos sobre materias científicas, discusiones que le conquistaron merecida reputación.

La Academia de Ciencias de París, no sólo nombró socio correspondiente á Alzate, sino que hizo traducir y publicar sus escritos. Honra igual le dispensó la dirección del Jardín Botánico de Madrid y la Sociedad Vascongada. La Comisión Botánica del Perú, dedicó una planta á la memoria del sabio mexicano.

Alzate falleció en México el día 2 de Febrero de 1790, y fué sepultado en la iglesia de la Merced.

Apartóse Alzate de lo común corriente en la época en que floreció, época en la que no eran las ciencias, sino las bellas letras las que privaban, y por eso es más digno de recordación.

Pedro Sainz de Baranda

De un marino distinguido á quien cupo en suerte tomar parte en uno de los combates más célebres de nuestro siglo, del Sr. D. Pedro Sainz de Baranda, padre del general que hoy manda una de las zonas militares, y del jurisconsulto que dignamente desempeña la cartera de Justicia; vamos á hablar.

Nació en la ciudad de Campeche el día 13 de Marzo de 1787, y fué hijo de D. Pedro de Baranda, Ministro de la Real Hacienda, y de D^a, Josefina Barreiro y Fuente.

Instruido en las primeras letras, enviáronle sus padres á España, á la edad de once años, á fin de que hiciese sus estudios en la Academia del Departamento del Ferrol y emprendiese la carrera de marino á que había sido destinado. Estudió un curso completo de matemáticas en todos sus ramos, y calificado su aprovechamiento y aptitud, obtuvo el despacho de guardia marina, embarcándose el día 18 de octubre de 1803 á bordo del navío "San Fulgencio" que salió luego á campaña en la escuadra que mandaba el célebre marino D. Domingo Grandallana.

Baranda sostuvo su puesto con honor, tomando parte en todos los combates que tuvieron lugar entonces y que fueron muy frecuentes; se admiraba en él no solo su valor y serenidad, sino también su educación y buenas maneras.

Cuando, rota la paz de Amiens, á pesar de la firme resolución de España de guardar completa neutralidad entre la Francia e Inglaterra, á causa de las exigencias de Napoleón y del ministro inglés, después de varios atentados cometidos por la marina inglesa, la escuadra franco-hispana se hallaba en Cádiz, esperando que la inglesa desembocase el estrecho de Gibraltar para atacarla, el guardia marino D. Pedro de Baranda estaba á bordo del navío "Santa Ana al mando de D. Ignacio Alava. En 21 de Octubre de 1805 tuvo lugar la memorable batalla de Trafalgar. En ella combatió con denuedo D. Pedro Sainz de Baranda, y recibió tres graves heridas, y por el mérito que contrajo fué nombrado, el 9 de Noviembre del mismo año, alférez de fragata pero habiéndole obligado á desembarcar el estado de sus heridas, hizo el servicio en los batallones de marina.

El 10 de octubre de 1806 se embarcó de nuevo en "El Príncipe de Asturias", y el 15 del mismo pasó al apostadero de Cádiz mandando la cañonera núm. 44, en la que tuvo distintas acciones de guerra con la escuadra enemiga que bloqueaba el puerto, distinguiéndose en el combate sobre la costa de Chipioria, que dió por resultado el apresamiento de ocho mil fusiles.

También se halló el Sr. Baranda en las acciones generales de todo el apostadero que mandaba el Brigadier D. José María Ortega. Desembarcó de nuevo

por hábersele destinado á hacer el servicio en las brigadas de artillería de marina, y obtenida real licencia para volver á América, reembarcose en mayo de 1808 en el pailebot "Centinela". Al mando de este buque salió de Cádiz para la Costa firme, en medio de catorce navios y seis fragatas enemigas que bloqueaban el puerto. Entró en la Guayra á principios de Mayo siguiente, y subió á Caracas con pliegos interesantes al real servicio. Salió poco después de la Guayra, y dejando iguales pliegos en la isla de Cuba, entró en Campeche á fines de Junio. Iniciada la guerra de España contra la Francia, no quiso ya hacer uso de la licencia ilimitada que tenía y ofreció sus servicios al gobierno. Aceptada la oferta, el capitán general D. Benito Pérez le nombró comandante del pailebot de guerra "Antenor". Con este buque dióse á la vela en Campeche el 9 de Octubre de 1808, conduciendo caudales y pliegos para la Habana. El 8 de Diciembre salió de este puerto para la isla de Santo Domingo, en cuya conquista se estaba entonces. Ahí desempeñó comisiones de riesgo, hasta que terminada la Campaña fué nombrado para arreglar ciertas estipulaciones con el Supremo Jefe de los Estados de Haití. Desempeñó este honorífico encargo á satisfacción de sus superiores, y salió del Guarico para Baracoa y la Habana, y de allí á Campeche, de donde volvió á hacerse á la vela para Panzacola con pliegos importantes del gobierno.

Continuó prestando interesantes servicios y fué nombrado ayudante de las matrículas de Yucatán, en cuyo destino, además de sus funciones, desempeñó la comandancia en las ausencias del propietario.

Por real orden de 26 de Febrero de 1815 pasó á servir en comisión al cuerpo de ingenieros, encargándose del detalle de las obras de fortificación de Campeche, desempeñando la comandancia en distintas, ocasiones, y ocupándose en varios empleos civiles que le confiaron sus conciudadanos. De esta época comenzó á promover, por los medios que estaban á su alcance, la independencia del país. Al restablecerse la Constitución de 1820, fué electo diputado á las cortes de la monarquía en unión de los Sres, Zavala Duque Estrada, y García Sosa; pero circunstancias imprevistas impidieron que desempeñase su misión legislativa.

Verificada la independencia, se consagró al servicio de la nación, y el 7 de Noviembre de 1822 le destinó el Supremo Gobierno al departamento de marina de Veracruz, en donde fué nombrado mayor general de la armada, habiendo antes obtenido el despacho de teniente de fragata el 21 de Junio de 1822.

El día 13 de Enero de 1823 ascendió á capitán de fragata, y el 4 de Abril se le confirió el mando de las balandras "Chalco" y "Chapala" con las que salió para establecer en Campeche un apostadero, del cual fué nombrado segundo comandante. Volvió á continuar sus servicios en Veracruz, en donde se consideraban de la mayor importancia, por la ocupación de San Juan de Ulúa por los españoles.

Fué nombrado después capitán de puerto de Campeche y comandante de marina del Estado de Yucatán el 24 de Noviembre de 1824, con la comision de alistar y mandar la primera expedición de tropas mexicanas.

El 27 de Julio de 1825 fué promovido á la comandancia general del departamento de marina de Veracruz. En él aumentó los buques de la escuadra que á sus órdenes cruzaba frente al castillo de Ulúa. Estrechó vigorosamente el bloque de esta fortaleza, hasta que se consiguió su total rendicion, en cuyo triunfo glorioso Baranda llevó la parte más honorífica.

En memoria de este triunfo fué grabado con letras de otro su nombre en el salón del Congreso de Veracruz. El 11 de Febrero de 1826 obtuvo su retiro después de resistirlo el gobierno, porque no queria desprenderse de un oficial de ciencia y honor, que podía prestar tan eminentes servicios á la República.

Vuelto entónces á Yucatán, consagrose á la vida privada, sin pretender mezclarse en la política interior. En 1830 fué nombrado jefe político, subdelegado y comandante militar del partido de Valladolid, cuyo destino aceptó gustoso, tanto por servir á su país como por recuperar en tan benéfico clima su quebrantada salud.

Largos de enumerar serían los importantes servicios que prestó allí, y así sólo diremos que estableció una máquina para hilados y tejidos de algodón, que fué la primera de su clase que se introdujo en la República mexicana.

En el año de 32 se separó el Sr. Baranda de los destinos que ocupaba, con la firme resolucion de no aceptar ya ningún destino; pero cuando ménos lo pensaba, fué electo Vicegobernador del estado en 1834, y casi compelido en Enero siguiente á desempeñar el poder Ejecutivo. Pocos días después entregó el gobierno á D. Sebastián López de Llergo; pero urgido de nuevo, tuvo que encargarse del gobierno otra vez en abril de 1835; más á causa de la rectitud de su manejo, y violándose las formalidades constitucionales, fué despojado por la legislatura el 27 de Agosto. Quiso resistir por honor; pero tuvo que conformarse con protestar enérgicamente y retirarse a la vida privada. En Junio de 1837 fué nombrado prefecto del Distrito de Valladolid, cuyo cargo no aceptó sino después de haberlo rehusado casi con tenacidad. Hasta el mes de Febrero de 1840 desempeñó este destino con la integridad que acostumbraba.

Su salud decayó entónces, y falleció en la capital de Yucatán el día 16 de Setiembre de 1845, después de haber servido á la patria como muy pocos de sus hijos.

Francisco J. Clavijero

El gran historiador mexicano D. Francisco Javier Clavijero, nació en la ciudad de Veracruz el 9 de Setiembre de 1731, y fué hijo de D. Blas Clavijero, literato español que hizo su educacion en París, y de D^a. Francisca Echeagaray, quienes le proporcionaron una educacion sumamente esmerada.

Estudió el idioma latino y las bellas letras en el colegio de San Gerónimo de Puebla, y filosofía y teología en el de San Ignacio de la misma ciudad. Su padre le había instruido en el francés y otros idiomas europeos, y bajo la dirección de un jesuita alemán aprendió el griego y el hebreo. Posteriormente adquirió el conocimiento del mexicano, el otomí, el mixteco y otros idiomas indígenas, habiendo llegado a escribir en veinte de ellos una coleccion de oraciones y varias poesías. Para completar su educacion, su propia madre le instruyó en la música.

El 13 de Febrero de 1748, es decir, cuando contaba diez y siete años de edad, entró Clavijero, al noviciado de los jesuitas en Tepotzotlan, poseyendo ya vastos conocimientos científicos y literarios. Tres años después se hallaba en el colegio de la Compañía en Puebla, estudiando la filosofía moderna, privada y aun secretamente, porque, como dice Beristain, *entre los jesuitas de México se miraba todavía á la mitad del Siglo XVIII como peligrosa á la pureza de la religion la lectura de tales libros*. Refiriéndose á este mismo punto, dice uno de sus biógrafos: "Como el estudio de la filosofía moderna se estimase peligroso á las verdades reveladas, nuestro Clavijero, arrostrando con esa preocupacion, no sólo devoró las obras de Descartes, Leibnits, Newton y otros, sino que nombrado prefecto de estudios del colegio de San Ildefonso, y sintiéndose violento con que se enseñase por la rutina practicada hasta entónces, lo representó francamente al padre provincial, y como estos regulares jamás aplicaban á sus súbditos á oficios opuestos á su inclinacion, lo relevó diciéndole: "Tienes razón en cuanto expones, pero no es tiempo de hacer novedades: yo te relevo del empleo para que no violentes tus sentimientos, ni atormentes tu conciencia."

Después de este suceso, Clavijero fué destinado como profesor á los colegios de Valladolid (hoy Morelia) y Guadalajara, en donde atacó los errores de la filosofía peripatética y dictó á sus discípulos unas lecciones de filosofía más racional, lecciones que merecieron la aprobacion del provincial visitador.

Los estudios arqueológicos del sábio mexicano D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, de quien en su lugar hablaremos, leídos por Clavijero en el colegio de San Pedro y San Pablo, así como las pinturas antiguas y manuscritos que en la biblioteca de aquel colegio pudo consultar, despertaron en él, el gusto por el estudio de la historia patria, ramo en que llegó á conquistar la gloria que circunda su nombre.

Desterrado como todos los demás jesuitas en 1767, pasó á Italia y se estableció en Ferrara, donde le franqueó su casa y biblioteca el ilustrado conde Aquiles Crispo. Trasladóse después á Bolonia y allí fundó una academia literaria para la que invitó á sus compañeros de destierro y á otros hombres instruidos, academia que llegó á merecer de los italianos el renombre de *Casa de sabiduría*. Por esa misma época, nuestro compatriota, que poseía un gran acopio de noticias sobre nuestra antigua historia, adquiridas aquí y en el extranjero, se dedicó á escribir su magnífica *Storia antica del Mezeico*, que dedicó el 13 de Junio de 1780 á la Universidad de México, y que no pudo imprimir en español. Resolvióse á darla á la estampa en italiano, impulsado por el deseo de que sirviese para refutar las estúpidas difamaciones del prusiano Paw. Espléndida fué la acogida que obtuvo el libro de Clavijero; prodigáronle entusiastas elogios los periódicos de Roma, Florencia y París, y se apresuraron á publicarla en diversos idiomas europeos.

La mayoría de los mexicanos no pudo conocer el magnífico libro de Clavijero, sino después de consumada la independencia, en la traducción del sábio D. José Joaquín de Mora. El Sr. Navarro publicó más tarde otra traducción, debida á la pluma de D. Manuel Troncolo y Buenvecino, con notas eruditas del obispo de Puebla, Sr. Vázquez, según veremos en la biografía de tan esclarecido prelado.

Para que el lector conozca hasta dónde poseía Clavijero la modestia que es propia de los hombres de verdadero mérito, vamos á copiar en seguida las palabras con que comienza el prefacio:

“La historia de México, que he emprendido para evitar una ociosidad enojosa y culpable á que me hallaba condenado, para servir á mi patria en cuanto mis fuerzas lo alcanzasen y para reponer en su esplendor á la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América, me ha ocasionado tantas dificultades y fatigas como gastos. Porque dejando aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores y he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que había leído durante mi mansión en México y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países. A estas diligencias podría añadir, para acreditar mi celo, los treinta y seis años que he permanecido en muchas provincias de aquellas vastas regiones; el estudio que he hecho de la lengua mexicana y el trato que sostenido con los mismos mexicanos, cuya historia escribo. No me lisonjeo, sin embargo, de haber hecho una obra perfecta: pues además de hallarme destituido de las dotes de ingenio, juicio y elocuencia que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas, que tantas veces he deplorado, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en muchas bibliotecas de México, son

obstáculos insuperables para el que se dedique á semejante trabajo, sobre todo lejos de aquellos países. Sin embargo, yo espero que será bien acogido mi ensayo, no ya por la elegancia del estilo, por la belleza de las descripciones, por la gravedad de las sentencias, ni por la grandeza de los hechos referidos, sino por la diligencia de las investigaciones, por la sinceridad de la narracion, por la naturalidad del estilo y por el servicio que hago á los literatos deseosos de conocer las antigüedades mexicanas, presentándoles reunidos en esta obra lo más precioso que se halla esparcido en las de diversos autores, y muchas cosas que ellos no han publicado.

Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas por un principal de mi trabajo, escribí desde luego mi historia en español: inducido después por algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma, tomé el nuevo y laborioso empeño de hacer la traduccion; así que, si algunos sujetos tuvieron la bondad de creerme digno de elogio, ahora tendrán la de compadecerme."

Está universalmente reconocido el mérito de la obra clásica de Clavijero, y ésto nos ahorra el trabajo de citar autoridades que vengan á demostrar lo justificados que son los elogios que le tributamos. No podemos, sin embargo, resistir al deseo de reproducir la opinion de Prescott. "El plan de su obra, dice, comprende casi tanto como la de su predecesor Torquemada; pero la suma destreza con que manejó su complicado objeto, da á conocer el período posterior y más culto en que la escribió y en las luminosas discusiones que contiene el tomo último, ha hecho mucho para rectificar la cronología y las varias inexactitudes de los escritores que le precedieron. El objeto manifiesto de su obra es el de vindicar á sus compatriotas de las inculpaciones de Robertson, Raynal y De Paw que él concebía ser falsas, y con respecto á estos últimos lo consiguió completamente. Tan ostensible designio podía sugerir una idea desfavorable de su imparcialidad, pero en el conjunto de la obra parece haber conducido la discusion con buena fé; y si llevado de su celo nacional ha recargado la pintura con brillantes colores, se le hallará más moderado en esta línea, que los que le han precedido, al paso que aplica juiciosos principios de crítica, de que aquellos eran incapaces. En una palabra, el esmero de sus investigaciones ha reunido en un solo foco las luces esparcidas de la tradición y de las antiguas doctrinas, purificadas en gran manera de las nieblas de la supersticion, que oscurecen las mejores obras de las épocas anteriores."

También escribió Clavijero una "*Historia de la Baja California*", en italiano como la de México, y que mas tarde fué traducida al español por D. Nicolás García de San Vicente.

El 2 de Abril de 1787 murió Clavijero en Bolonia. Cuando en México se acostumbre honrar debidamente á los grandes hombres que han consagrado su inteligencia á la patria, un monumento grandioso perpetuará la memoria del primero de nuestros historiadores, costeará el estado una edicion de sus obras,

digna de tan esclarecido escritor, y desaparecerá el busto mezquino colocado en una de las pilastras del enverjado de la Biblioteca Nacional; que no es así como debe tributarse un homenaje al que antes que otro contribuyó á desvanecer los errores divulgados en el extranjero con respecto á nuestra patria, por escritores apasionados.

Abundante como es la lista de los escritores mexicanos que han conquistado mayor o menor renombre en el periodismo político, durante los largos años de nuestras contiendas, pocos habrá que hubiesen llegado á colocarse á la altura de D. Francisco Zarco. Podríamos decir más todavía entre los escritores liberales, nadie le aventajó, como entre los conservadores ninguno igualó á Roa Bárcena.

Zarco merece un estudio detenido que no es posible hacer en este lugar y que nos proponemos llevar á cabo cuando contemos con el tiempo de que nos es dado disponer al escribir un libro como el presente. Mientras tanto, daremos á conocer la vida pública de Zarco, y enumeraremos los servicios por él prestados á la causa liberal en la prensa, en el Parlamento, en los escaños del ministerio y en cuantos puestos ocupó.

D. Francisco Zarco nació en la ciudad de Durango, el 4 de Diciembre de 1829; fué su padre el coronel D. Joaquín Zarco, quien por orden de 15 de Mayo del mismo año, fué á desempeñar la comandancia militar de aquel estado, llevando consigo á la Sra. Doña María Mateos, madre de la persona de quien nos ocupamos. Después de haber hecho su carrera en medio de muchas privaciones, comenzó dando a conocer la precocidad de sus talentos por sus composiciones literarias, á lo que unía grande actividad é inconcebible constancia en el trabajo. Estas raras prendas hicieron que, á pesar de no cumplir aun diez y ocho años, el Sr. D. Luis de la Rosa, ministro universal en Querétaro el año de 1847, le nombrara oficial mayor, fiándole los negocios más arduos y delicados.

Radicado en Querétaro el gobierno del Sr. Peña y Peña, Zarco fué encargado de varios asuntos, y entre ellos, de tomar las actas de las sesiones de lo que pudiera llamarse el Consejo. El Sr. Pedraza pronunció un discurso y Zarco lo tomó al pie de la letra, sin discrepar ni un ápice. Pedraza, admirado, pidió á sus colegas le dispensara si interrumpía la solemnidad del acto, y abrazó con efusion á Zarco y le regaló un medio, haciendo elogio de su talento y advirtiéndole que en su discurso tan sólo un adjetivo estaba mal aplicado. Zarco insistió modestamente en lo contrario; esta insistencia molestó á Pedraza, quien le dijo: "Muchachito, á mí no se me hacen observaciones en esta parte", y sometió á decisión de sus dudas á los Sres. D. Luis de la Rosa y D. José María Lacunza, quienes dieron la palma del triunfo á Zarco, el que contó desde aquel día á Pedraza, no sólo en el número de sus amigos, sino también en el de sus admiradores.

De vuelta á México escribió varios periódicos, entre ellos uno satírico: *Las Cosquillas*, llamando tanto la atencion, que fué objeto de la persecucion de la

autoridad y que contribuyó a derrocar la administración del general Arista, ingresó como colaborador al *Siglo XIX*, y á poco se hizo cargo del célebre periódico *La Ilustracion*, cuyo tomo quinto es enteramente obra suya, escribiendo en él notables artículos de costumbres, literatura, historia y crítica, bajo el seudónimo de "Fortun". Redactó también el notable periódico *El Demócrata*. En 1849 se hizo cargo de la redacción en jefe del *Siglo* hasta la administración de Santa-Anna.

Triunfante la revolución de Ayutla, volvió Zarco á ser jefe de la redacción del *Siglo XIX*, logrando poner este periódico en un grado de concepto igual al que había tenido en los días de Otero, La Rosa, Rodríguez Puebla, Iglesias, Morales y Pedraza; y con el objeto de inspirar al bello sexo los sentimientos de la más alta moral y el gusto por la literatura, le dedicó el *Presente Amistoso*, que se imprimía el 1º de año, y en el cual escribió artículos morales y ensayos descriptivos.

En 1854, apenas había cumplido 22 años, cuando fué nombrado diputado suplente al Congreso de la Unión por el Estado de Yucatán. En 1856 volvió á ser electo por Durango para el Congreso constituyente, siendo en aquella Asamblea el campeón de las leyes de Reforma, que preparó y defendió con valor y entusiasmo. En la formación de la Constitución tuvo la parte más eficaz y activa. Después del *Times* de Londres, él ha sido el primero que en México ha publicado al día siguiente un relato fiel y completo de los debates del Congreso, sirviéndole estos trabajos para formar la historia de aquella Asamblea, que publicó en dos gruesos volúmenes.

Establecido el Gobierno de Zuloaga, fué tenazmente perseguido, teniendo que ocultarse por más de dos años, en cuyos escondites publicó *El Boletín Clandestino* y el folleto titulado *Los Asesinatos de Tacubaya*, del que se hicieron ediciones en todo el país, arrojando sobre los autores el mayor descrédito, la reprobación universal, lo que abrevió el triunfo de la legalidad. Descubierto por la policía el 13 de Mayo de 1860, sufrió en los calabozos crueles tratamientos é insoportables penalidades, hasta el 25 de Diciembre de 1860, en que triunfó el orden constitucional. Al regresar á la capital el Sr. Juárez, nombró á Zarco ministro de relaciones y jefe del gabinete. Entre las muchas leyes que dictó están la de matricula de extranjeros, la de beneficencia y la de imprenta, que fué después adoptada íntegra como ley orgánica. Después de instalada la Asamblea de aquella época, y en la inteligencia de que era ilegal el voto que cinco Estados le habían dado para que los representara en el Congreso general, y de persuadir al Sr. Juárez de que su nuevo ministerio debía ser parlamentario, se separó del gabinete volviendo á la redacción en jefe del *Siglo XIX*.

En la intervención francesa, emigró con el Sr. Juárez á San Luis Potosí, donde fundó un diario, *La Independencia Mexicana*, renunciado, á los pocos días de establecido, á la pequeña subvención que le daba el Sr. Juárez, rasgo que prueba su acrisolada honradez, exponiendo para ello que ya podía sostenerse por sí solo el periódico mencionado. En el Saltillo publicó otro con el nombre

de *La Accion*. De ahí pasó á los Estados Unidos, en donde fundó el Club Mexicano, escribiendo constantemente en los periódicos hispano-americanos en defensa de la libertad de México, tales como *El Mercurio* de Valparaiso, *El Correo*, de Santiago de Chile, *La Nacion* y *El Pueblo* de Buenos Aires, y otros de Venezuela y de Colombia, á los que enviaba también correspondencias políticas, comerciales y literarias, así como editoriales y correspondencias políticas á varios diarios que se publicaban en Puebla y en esta capital, durante la intervencion. Vuelto al gobierno republicano, Zarco regresó á su patria, donde fué recibido con el voto del Distrito Federal, para que lo representará en el Congreso general.

Zarco fué, durante la guerra de tres años, que residió el Sr. Juárez como representante de la legalidad en Veracruz, el agente de aquel Gobierno en la capital, debiendo mencionarse dos hechos notables en favor de su honradez: es el primero que, estando autorizado por el Gobierno del Sr. Juárez para conseguir recursos con cualquier interés, *nunca obtuvo dinero para el Gobierno* con un interés mayor que el uno por ciento mensual, que es el común y corriente en la plaza: y el segundo que, pudiendo enajenar y negociar los *bienes del clero*, sólo un negocio hizo de esta especie, que fué la venta del convento de la Profesa al Sr. Michaud, y que este señor, al triunfar el Gobierno, lo primero que hizo fué rescindir su contrato, por considerarlo gravoso para sus intereses. No es aventurado decir que en esa época hubiera podido hacerse de una fortuna de varios centenares de miles de pesos.

Zarco murió en el seno de la filosofía, y chanceándose hasta en sus últimos momentos, el 29 de Diciembre de 1869, á los cuarenta años de su edad, dejando á sus hijos por toda fortuna su nombre inmaculado. El Congreso de 1869 le declaró benemérito de la patria, y su nombre está inscrito en el salón de sesiones.